

PÍO BAROJA EN PERSPECTIVA *

por CARLOS ORLANDO NALLIM

*La gente vive, si no feliz, contenta, con su existencia cotidiana de ir y venir, de trabajar, etc. Nosotros, ambiciosos, descontentos, inadaptados, que queremos una dicha pura y alta, nos equivocamos y no la alcanzamos nunca*¹ —dice el autor en una de sus obras que es, en cierto modo, una autobiografía.

Baroja es, en efecto, un ambicioso, un apasionado por lograr fama, poder, honra o dignidad y, sin embargo, se sabe pequeño dentro del mundo en el cual vive inmerso, quiere descollar y sin embargo, su humildad y a la vez su orgullo le impiden usar medios reñidos con la línea de conducta que se propone seguir. De ahí que su fama no sea la fácil e indiscutible, por el contrario, ha nacido de la discusión misma que sus obras y las opiniones en ellas vertidas han originado siempre. Su poder enraiza en el limitado valor que la opinión de un hombre observador puede tener en esta humanidad observadora y observada, pero esa simple opinión aumenta su valor porque está dictada por el desinterés de quien no espera por ella elogios o gratificaciones. Y así ha logrado en su vida, y ahora *post mortem*, la honra que se reserva para los grandes.

Mas, no ofendamos su memoria pretendiendo convertirnos en turiferarios de un héroe del campo de las letras, porque él nos lo reprocharía. Que quede en nuestro entendimiento la idea de que se trata de un hombre, con todos los aciertos y yerros que este concepto implica. Siendo él un eterno descontento, quiso siempre aquello que estaba más allá de sus fuerzas o posibilidades y, a veces, sólo asequible a la imaginación de un soñador o a la fantasía de un poeta. Solamente

* El texto reproduce, con las indispensables variantes, una conferencia pronunciada en el Salón de Grados de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, el 15 de noviembre de 1956.

¹ *La sensualidad pervertida*, Obras Completas, tomo II, p. 969.

así se puede entender su constante lucha contra viento y marea, solamente así se puede entender su íntima amistad con la verdad aunque ello le acarreará ataques crueles, aunque significara reconocer la miseria moral que nos rodea y que a veces también nos macula.

Fué un descontento, porque no podía conformarse con aceptar lo que ya estaba dado, sea por la prepotencia de los poderosos, sea por la tradición prepotente. Para él todo debía ser sometido a continuo análisis, porque todo es susceptible de mejora. Lo contrario, el aceptar las cosas como son, sería comodidad del sempiterno conformista, del que se tapa los ojos para no ver en su camino, porque teme ver la realidad mezquina de la vida.

Fué un descontento y por ello se convirtió en exegeta de los pliegues y repliegues de la aparente realidad. No se conformó con nada ni con nadie, siempre ambicionó un más que si bien no podía explicar, por lo mismo que era inefable lo sentía muy profundamente. Porque vió en la vida un *camino de perfección*, porque vió en su vida y en la de sus prójimos un algo perfectible, preocupóse siempre por esa perfectibilidad que se distanciaba cada vez que cubría un trecho tras su consecución.

Gente que piensa así no puede menos que sentirse incómoda cuando quienes la rodean viven el alegre mundo del que lo ignora todo porque no vale la pena preocuparse. Así, Baroja también fue un inadaptado. ¿Cómo aceptar métodos de vida que no nos satisfacen, ni se adecuan a nuestra manera de pensar o sentir? Y, entonces, el inadaptado se refugia en el microcosmos con la pretensión de vivir feliz. El mundo de Baroja no es el mundo cantado por Horacio en su epodo o por fray Luis de León en su oda a la *Vida retirada*; no hubiera podido retirarse de la lucha que la vida significa, no se aviene su temperamento al *procul negotiis*, se aviene más a la vida de combate incesante. Pero, para combatir es menester reponer energías y las encontró en ese microcosmos a que aludimos. Su alma fue una fuente inagotable de fuerzas, continuamente repuestas en la agotadora polémica que siempre lo envolvió.

Queremos una dicha pura y alta —nos dice— y esa dicha tan ansiada dista tanto que se convierte en ideal anhelado, y cada vez que creemos haberla hallado nos desilusionamos, pues nos damos cuenta que lo hallado es sólo un espejismo del ideal apetecido. Y así pasan los años, y así pasa la vida, entre ideales no alcanzados, apetitos no satisfechos y la amargura de sabernos impotentes ante aquello que no acertamos a encontrar.

Vivió su larga vida obsesionado por la idea de la libertad, no soportó que nadie, fuese persona o institución, quisiera coartarle este precioso don que él tanto defendió. Prefirió la pobreza, la vida oscura y deslucida, a tener que pagar sus posibles riquezas c una vida galante y de sociedad con quitas a su libertad de pensar, de opinar y

de obrar. Temió las asociaciones porque veía en ellas una limitación de la libertad individual; en ese sentido no se resignaba a ceder un ápice. *La cuestión es ser independiente*¹ será su norma al respecto.

Visto así parecería un espíritu anárquico —no en vano, en repetidas ocasiones, se lo acusó de ácrata—; pero nosotros diríamos que si se excedió alguna vez en la defensa de la libertad individual, fué porque los enemigos de la libertad habían caído en el otro extremo, aherrojándola con leyes y preceptos que querían reglarlo todo y preverlo todo, cuando en verdad la conciencia del hombre no admite imposiciones tales.

Se ha dicho que Baroja es un anarquista en política, un libre-pensador recalitrante en materia de religión, un desaliño en su manera de escribir, de hablar y hasta de vestir. Aunque esto último sea cierto, la verdad sea dicha, todas estas acusaciones las originó cuando escandalizaba a los conformistas con sus opiniones personales, dichas no con ánimo de llamar la atención o de hacerse el original, sino con el deseo de expresar sus pensamientos, unas veces fruto de prolongadas lucubraciones y otras, simplemente, opiniones dichas al pasar sin pretensiones de darle valor apodíctico ni mucho menos; eso sí, siempre trató de ser sincero.

En las horas de meditación, cuando Baroja se recoge en sí mismo, quiere buscar una meta a su vida y una explicación al destino del hombre. Días de lluvia en su amado pueblo vasco de Vera del Bidasoa. El arroyo pirenaico que pasa cerca de su casa, ha crecido. El novelista, cual otro Heráclito, piensa: *¡Qué cantidad de arcilla y de materia orgánica habrá llevado un arroyo así desde que existe! ¡Y desde cuándo existirá este arroyo sin nombre registrado! Miles de años, probablemente cientos de miles de años llevará echando sus aguas al mar. Habrá arrastrado montones enormes de arcilla y de materia orgánica. Cuando miro este arroyo insignificante se me ocurre pensar en lo eterno de las cosas ante la vida nuestra. Es extraño que la conciencia más alta que hay en el mundo conocido, que es la del hombre, sea tan rápida y tan pasajera. Ciertamente que este arroyo milenario, en realidad no es cosa única. El agua que pasa es siempre distinta...*² Y así el fenómeno natural más pequeño lo hace pensar en el tiempo, en ese tiempo que corre como el arroyo, en ese tiempo que nos avejenta y nos mata. Piensa en la conciencia del hombre, señor del mundo, y sin embargo insignificante, por ser un transeúnte incomprendible. Se da cuenta de la brevedad de la vida, de la impotencia del hombre, y se entristece. No obstante, no es un fatalista que espera la muerte en la inacción, no, es un hombre activo y de mucha vida interior, capaz de dejar su profesión de médico para hacerse pana-

¹ *La sensualidad pervertida*, o. c., II, 923.

² *Las horas solitarias*, o. c., V, 289.

dero, capaz de dejar la industria para hacerse escritor porque *quería ensayar la literatura. Ya comprendía —nos dice— que ensayar la literatura daría poco resultado pecuniario, pero mientras tanto podía vivir pobremente, pero con ilusión. Y me decidí a ello*². Bien sabía que ser escritor, sobre todo en su situación, significaba emprender una gravosa tarea, ser escritor significaba que sería visto por las gentes como un raro; más aún si en vez de conformarlas y halagarlas, les había de echar en cara sus defectos y sus yerros. Sabía muy bien *que un poco de miseria es cosa buena para el escritor, y que el régimen de pan y agua aviva el cerebro y aligera la vista*³, y aunque no estaba de acuerdo con pensamientos tales, los conocía como una realidad en su patria. Pero pudo más una ilusión. Este literato era capaz de sacrificarlo todo por vivir con ilusión, por eso se decidió y llenó su vida de páginas, de páginas leídas y de páginas escritas.

Buscó en el escribir esa satisfacción íntima que siente el hombre cuando se dedica a una tarea con gusto y se entrega a ella con cuerpo y alma. Los libros se han sumado al pasar los años y han pasado el centenar, sus novelas están escritas no para conformar un gusto social o para halagar ciertas aficiones del ambiente que a ningún escritor se le pasa por alto; no le interesa la opinión del público lector, máxime si ella ha de estar abonada de antemano por quien escribe con el premeditado propósito de hacerse simpático. Esto no le preocupa en lo más mínimo, pues escribe para satisfacer una necesidad íntima que lo impele. Es decir que a esa satisfacción personal va unida una valentía laudable desde el momento en que se decide a enfrentar al público. De esa confrontación de ideas entre el escritor y los lectores puede originarse un divorcio que trae como consecuencias el abandono de la lectura o el evitar, en el futuro, reencontrarse con un libro del autor. Sin embargo, el lector consciente de que también él debe escuchar la voz del escritor y no pretender imponerse siempre, no tendrá más remedio que reconocer en Baroja un novelista, y tras él un pensador sincero, que con claridad y sin rodeos le dice lo que opina. Éste es el porqué —nos atrevemos a opinar— muchos lectores toman una novela de Baroja para su lectura y, a las pocas páginas, la abandonan. ¿Qué les pasa? Simplemente que notan que esta novela no es como las demás, que su lectura no es sencilla y que, por momentos, las digresiones empiezan a abundar, no con el propósito de hacer más interesante la trama sino para dejar filtrar opiniones del novelista. Algunos de sus libros, en verdad, de novela no tienen nada y mejor que novelas podrían clasificarse como ensayos.

Baroja ha sido uno de los primeros escritores, dentro de las corrientes literarias del siglo XX, que ha utilizado la novela para

² *Familia, infancia y juventud, memorias*, o. c., VII, 655.

³ *Las horas solitarias*, o. c., V, 248.

hacer conocer sus opiniones sobre los más variados problemas y, por lo tanto, dar al lector algo más que un entretenimiento, a veces, un verdadero y vital ensayo de orden filosófico.

Baroja ama a Vasconia y la presenta con sus costumbres, con sus bellezas, con sus problemas étnicos, lingüísticos y religiosos; todo ello se halla, por ej., en las novelas tituladas *La Casa de Aizgorri*, *El Mayorazgo de Labraz* y *Zalacaín el aventurero*, que ha reunido en una trilogía denominada *Tierra vasca*.

Es hábil escrutador de los problemas sociales, basta para muestra el tríptico titulado *La lucha por la vida*, donde el golfo madrileño parece reencarnación del pícaro de los tiempos del Lazarillo de Tormes, puesto en el medio social de nuestro siglo.

Es un viajero observador que deja constancia en sus obras, de sus acertados apuntes de novelista viajero. Bástenos para comprobarlo *Los últimos románticos* o *Las tragedias grotescas* que nos pintan el París de principios de siglo y de los bajos fondos; o la Italia descrita en *César o Nada*; o el Londres nebuloso de *La Ciudad de la Niebla*.

Es un soñador que nos hace vivir sus fantasías con su original personaje Silvestre Paradox, protagonista de dos novelas muy difundidas; o con *Las inquietudes de Shanti Andía*, donde acompañamos al navegante vasco a través de todos los mares para vivir las aventuras que se le presentan y encadenan por obra de la técnica novelística.

Es un filósofo escéptico en *El mundo es así* o en *El árbol de la ciencia*, donde parece querer mostrar las dificultades y padecimientos del hombre que vive intensamente su vida interior.

Es un novelista histórico de talla; ahí están sus veintitrés novelas y dos biografías que componen sus *Memorias de un hombre de acción*. Se hace interminable seguir citando sus numerosísimas novelas, sus ensayos, sus cuentos, sus obras de teatro, sus poesías y sus voluminosas *Memorias*. Pero hay un algo que identifica todas sus obras. Es que supo darles una impronta que trasluce su recia personalidad de escritor.

A través de todas ellas se nota su profunda preocupación por España. No importa que sus verdades sean, las más de las veces, violentas; no importa que con una inusitada franqueza diga a los españoles, y él también se sabe incluir, sus defectos y las posibles causas de sus males, si el único propósito que lo lleva es amonestar severamente para conseguir una renovación o los remedios necesarios para solucionar tantos problemas que los aquejan.

Es vasco y ama a Vasconia intensamente, tanto, que llegó a decir que le gustaría fuese el mejor rincón de España; y, sin embargo, no es un regionalista fanático, por el contrario, habiendo estudiado a España en sus problemas y en su historia, reconoce, y son sus palabras, que *Castilla y las provincias unidas a ella tuvieron la suerte en*

el pasado de producir sus hombres más ilustres y de realizar sus más altas empresas en el momento en que la luz del mundo se dirigía muy principalmente a ellas¹. Señala los defectos y valores de los catalanes, andaluces, gallegos y vascos, y así dirá que *Guipúzcoa, la provincia más pequeña de España, ha producido sus grandes hombres con un paralelismo perfecto con las regiones del centro*, y nombrará personajes de todos conocidos: San Ignacio, Elcano, Oquendo, Churruca, Zumalacárregui y el pintor Zuloaga. Ve en Castilla más que una región, un concepto, por eso dirá que *Castilla tiene menos realidad que cualquier otra región española*², porque su realidad está presente en toda España.

Los manuales de literatura lo incluyen en la generación conocida como del 98. Reconoce Baroja que este rótulo, inventado por Azorín, tuvo mucho éxito, pues se ha repetido y comentado en España y fuera de ella, no obstante, niega su existencia si se pretende ver en este grupo puntos de vista comunes, aspiraciones iguales, solidaridad espiritual o nexo de edad, ni siquiera le reconoce valor al año fijado. Eso sí, todos aspiraban a hacer algo que estuviera bien, dentro de sus posibilidades. Este ideal carece de valor político, mejor es antipolítico y común a la gente joven de todos los países y de todos los tiempos. A pesar de la falta de un ideal común, reconoce que ese 98 *fantástico tomará, años después, un aire importante, no sólo en el terreno literario, sino en el político y en el social*³.

Vió, como lo vieron Unamuno, Azorín, Benavente, Valle-Inclán, Machado y otros, que la España del siglo XIX había ido de mal en peor, que hacía falta una verdadera resurrección, o renovación, para que el país volviera a la grandeza que en ese momento sólo se hallaba en la historia de siglos atrás. ¿Cómo hallar la tan ansiada solución?, no conocían el cambio que los llevaría a la meta ansiada, pero se lanzaron a la lucha. Esa es, al menos, la actitud de Baroja. Encontró que su misión estaba en la expresión de sus pensamientos, lejos de los intereses políticos y facciosos, con una sola ambición, la de ver una España mejor. Sus críticas en este sentido suscitaronle verdaderos encontronazos con los políticos, funcionarios gubernamentales y ciudadanos, que se veían o creían incluidos en sus críticas, pero nunca lo atemorizaron estas reacciones, por el contrario veía en ellas un resultado positivo.

Baroja piensa y escribe lo que piensa, así, llanamente. No se busca en él al escritor de pulida gramática, de giros elegantes o de palabras rebuscadas. *Hay en mi alma* —dijo en alguna ocasión— *entre zarzales y malezas, una pequeña fuente de Juvencio. Diréis que el agua es amarga y salitrosa, que no es limpia y cristalina. Cierito.*

¹ *Momentum Catastrophicum*, o. c., V, 375.

² *Ibidem*, o. c., V, 377.

³ *El escritor según él y según los críticos*, o. c., VII, 446.

*Pero corre, salta, tiene rumores y espumas. Eso me basta. No la quiero conservar; que corra, que se pierda. Siempre he tenido entusiasmo por lo que buye*¹. En efecto, su alma es la de un joven que no envejece, o mejor, se conserva joven hasta el día de su muerte; nos dice las cosas con esa despreocupación que tanto caracteriza al adolescente. No importa que sean resultado de las circunstancias, ahora las piensa y ahora las dice, aunque el interlocutor o el lector queden luego sorprendidos por tanta libertad al juzgar; los impedimentos de orden social o de adaptación a las vigencias sociales no lo perturban.

El contenido de sus comentarios puede ser irritante para muchos lectores que no quieren permitir al escritor la franqueza, dicha sin circunloquios retóricos. Pero el escritor vive tranquilo porque se sabe sincero consigo mismo; no pretende conservar sus pensamientos ni sus sentimientos, todo lo vierte en páginas y páginas, no le importa detener el constante fluir de la conciencia, y así, el novelista muchas veces caracterizado como introverso sabe también abandonar el estado de contemplación vuelta sobre sí, para darse a conocer sin tapujos a quien lo escucha o a quien lo lee.

Entiende que si se detuviera a encontrar expresiones laboriosamente adecuadas a lo que piensa y siente, que si antes de hablar o escribir tuviese que realizar tareas previas de análisis o investigación, no hallaría luego la naturalidad en el decir, y perdería la espontaneidad que tanto valor tiene. Sabe que el alambicamiento de la expresión no sería para él un triunfo, sino, por el contrario, significaría el silencio, silencio que no podría sufrir como tampoco puede sufrir el callar ante el acontecer diario.

Nunca llegó, en su prolongada vida, a la exacerbación del sentido crítico, que le impidiera escribir como siempre. Cuando hacía altos en su vida de escritor solía pensar: *Si ahora tuviera que hacer estos libros, ahora que veo sus defectos, no los haría*². Sin embargo, seguía haciendo otros con los mismos defectos y a la vez —agregaríamos nosotros— con las mismas virtudes. Sabía que perfeccionar la expresión hasta la sutileza le traería como aparejada consecuencia la impotencia en tanto que escritor.

Sus preocupaciones, al escribir, distaron siempre de las del gramático, reconocía que no era un erudito, pues le faltaba el conocimiento de lenguas antiguas y cultura. Pero nosotros podemos sostener que lo que le pudo faltar de erudición o conocimientos especializados en su preparación secundaria y universitaria —sabemos que sus estudios superiores no los hizo en una Facultad de Filosofía y Letras sino en la de Medicina— lo pudo suplir con sus muchas y variadas lecturas, testimonio de lo cual es su enorme biblioteca de Itzea.

¹ *Juventud, egolatría, o. c., V, 164.*

² *Juventud, egolatría, o. c., V, 164.*

Así como no atiende a la corrección gramatical, tampoco le interesa la unidad de composición en sus libros. Escribe porque se le hace interesante un personaje, un hecho, un paisaje, y el libro saldrá luego a partir de este interés primero. No busquemos pues en sus novelas unidad de composición, en su lugar hallaremos detalles, digresiones. El hilo del discurso o del argumento, si lo hay, se ve interrumpido a cada momento. Y lo que al principio nos parece un vicio, termina por gustarnos, porque entendemos que la digresión, y no la unidad y continuidad en la trama novelesca, es lo natural en este escritor. Es en esas digresiones donde se conoce a Baroja, en ellas donde se nos muestra tal como es, con sus virtudes y defectos. No en balde se confiesa partidario de la tesis *stendbaliana*, pues también él cree, al igual que el autor de *La Cartuja de Parma*, que la originalidad y el interés están en el detalle ¹.

No se traza un plan para escribir los libros, se aburriría a mitad de camino. Todo esto tendrá que tenerlo en cuenta el lector al acercarse a Baroja, y si no lo tiene en cuenta, a poco andar en la lectura lo comprobará personalmente. Y así, algunas de sus novelas resultarán suma de novelas más cortas o, simplemente, suma de hechos que a veces no tienen mucha conexión entre sí, o algo intermedio entre novela y ensayo.

Baroja, el hombre presto a notar los yerros de los hombres, desconfiado de la bondad humana, también tiene sus momentos de tierno lirismo, y no son pocos. Momentos en que se deja llevar por dulces pensamientos que le hacen ver y gozar de ciertos aspectos que le ofrece la vida y que ofrecen los hombres, momentos de reposo y paz para el espíritu.

¿Quién después de la lectura, aunque sea rápida, de su cuento *Angelus* no queda extasiado por esa calma espiritual a la cual contribuye el mismo mar Cantábrico siempre movedizo? Cielo plomizo con jirones de azul pálido. Sol que aprovecha el hueco que le deja alguna nube para reflejarse en el mar. Mar indiferente, circunstancialmente tranquilo. En una trainera, larga y estrecha, trece hombres y una mujer, la del patrón, trece vascos *curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar* navegan a lo largo de la costa, sin perderla de vista. Crepúsculo silencioso y grave. De pronto, las campanadas de la iglesia cercana se extienden cual *voces lentas, majestuosas y sublimes*.

El patrón se quitó la boina y los demás bicieron lo mismo. La mujer abandonó su trabajo, y todos rezaron, graves, sombríos, mirando al mar tranquilo y de redondas olas. Luego, el viento arrecia, la noche se cierra, y la trainera se hunde en las sombras con un rastro de plata en las oscuras aguas ².

¹ Cfr. *La intuición y el estilo*, c. c., VII, 1035.

² Cfr. *Vidas sombrías*, o. c., VI, 1013.

Este admirador del hecho sencillo y elocuente es el mismo soñador que nos habla en *Piedad Postrera* de una edad en la que el mundo tuvo una terrible exaltación de piedad, se había reecontrado la luz, la oscuridad no existía ya. El hombre recordó el *No matarás* y obedeció el mandato divino, y hasta se abstuvo de derramar sangre de animal. Los ricos se desprendían de sus riquezas, los pobres y los ricos vivían unidos y felices. Los animales agradecidos veían en el hombre un amigo y no un verdugo. *En una inmensa pradera bañada por el sol, celebraron en el mundo la fiesta de la emancipación de los vivos*¹.

¿No es semejante este mundo de fantástica paz y felicidad al evocado por Virgilio en su égloga IV? ¿No se respira aquí, acaso, ese mundo de amor narrado en las Florecillas del *Poverello* de Asís? Sí, es verdad, y es el mundo que todos ansiamos, cuando hastiados de tantas injusticias, cuando hartos de los crímenes y de las guerras volamos con nuestra mente a este refugio que la imaginación generosa nos permite. Feliz el poeta que puede describirlo con toda la excelstitud que de él mana.

Baroja se sabe asomar también al mundo de lo misterioso, de la superstición, del aquelarre. El zagal que ayudaba al abuelo pastor en sus tareas de cuidar el rebaño, ha caído en una sima insondable. El macho cabrío que perteneció a una finada bruja de la aldea se había escapado del aprisco. El muchacho y el perro lo siguieron, hasta que el endemoniado animal se refugió en una cueva que daba a un profundo vacío. De pie, en un rellano rocoso, el animal se vió preso por el cuerno cuando el muchacho, ayudado por el viejo pastor, se había alargado hasta él. De pronto, el chivo resbaló y arrastró en su caída al infeliz zagal. Es de noche, se han reunido cerca de la sima cabreros y pastores convocados por el viejo, que les ha pedido ayuda. Intentos vanos, no en balde ha sido el chivo de la hechicera el causante de la desgracia. El zagal estaba irremediablemente perdido, era el mismo demonio quien se lo había llevado. Un murmullo misterioso salía de la caverna, al misterio del murmullo se agregó la gravedad de la oración de los difuntos. Teas encendidas en la noche amenazadora, oraciones murmuradas, superstición en los corazones. *Y en tres días y en tres noches se oyeron lamentos y quejidos, vagos, lejanos y misteriosos, que salían del fondo de la sima*².

Es el temor del hombre a lo desconocido. Es el misterio que se cierne sobre ciertos hechos. El novelista vasco conoce profundamente las leyendas y supersticiones de su pueblo, las ha ahondado, ha podido reconstruirnos en sus páginas los aquelarres reunidos en noches de luna llena, en desconocidas cavernas, con una concurrencia hetero-

¹ *Vidas sombrías*, o. c., VI, 1003.

² *Vidas sombrías*, o. c., VI, 1025.

génea y endemoniada. Procesiones en honor del macho cabrío que luego ha de sacrificarse, sorguiñas o brujas de antigua estirpe, desdentadas, desgredadas, horribles. Cultos en que se mezclan la antigua hechicería pagana con ritos de la Iglesia. Ignorancia, superstición, misterio, temor.

Hemos evocado algunos temas del primer libro de Baroja, *Vidas sombrías*, que apareció cuando se iniciaba el siglo XX. Lejos estaría de pensar el aquel entonces médico y luego panadero metido a escritor, que sus obras seguirían apareciendo a lo largo de más de medio siglo; quizás porque no era un médico ni un panadero metido a escritor, sino un escritor que acababa de descubrir su vocación.

Nos cuenta en el último libro de sus *Memorias* un diálogo con un lector, que entre otras, le hace la siguiente pregunta: "¿Cree usted que alguno de sus libros quedará?" A lo que contesta el anciano autor: "No sé. Es cosa que me tiene sin cuidado." Pensamos que es esa falta de cuidado que por sus obras tienen los grandes.

Cuéntanos también, Baroja, que en oportunidad de la lectura de su discurso de ingreso a la Academia Española, un portero lo amonestó por no traer invitación, y quería impedirle el acceso a la Docta Institución, ignorando, claro está, de quién se trataba. Intervino a tiempo un amigo que lo acompañaba e identificó al nuevo académico de la lengua. Así también, decimos nosotros, que no importa que ciertos pseudocríticos y criticones quieran impedir con rebuscados prejuicios la lectura de Baroja —por otra parte ya universalmente conocido— porque será imposible hablar de Baroja si antes no se lo lee y por lo tanto no se lo conoce. Es la única forma de identificar a este gran escritor. Se podrá estar en su favor o en su contra en algunas teorías que sostiene o en algunas soluciones que propone, pero eso sí, habremos de reconocer en él al prototipo del escritor insobornable, que no pone su pluma *al servicio de*, sino que la usa para expresarse sinceramente.

Sus libros quedarán, y con ellos Baroja, porque se nos revela renglón a renglón a través de sus numerosísimas obras. Podemos abrir las páginas de cualquiera y allí hallaremos a Baroja redivivo.

Al encabezar el artículo correspondiente, dirán ahora los manuales de literatura: *Pío Baroja, novelista español nacido el 28 de diciembre de 1872 en San Sebastián y muerto en Madrid el 30 de octubre de 1956*. Tras la impasible tipografía que nos habla de ochenta y cuatro años intensamente transcurridos, se extiende su obra, inmensa, que depara a sus lectores un mundo de verdades que duelen y de verdades que alegran: la perdurable realidad de un mundo de novela.

CARLOS ORLANDO NALLIM
Universidad Nacional de Cuyo